

German, se había transformado en un arco triunfal, viéndose en todas sus columnas un medallón con letras doradas y el título de los mejores dramas de Voltaire. Delante del teatro había una estatua suya, en cuyo pedestal se leían estas palabras: *Compuso la Irene á los ochenta y tres años, y escribió el Edipo cuando sólo contaba diez y siete.*

Esta lucida y numerosa comitiva no llegó al Panteón hasta las diez de la noche, y el féretro fué colocado entre los de Descartes y Mirabeau, en un lugar preferente destinado á aquel genio intermediario entre la filosofía y la política, entre el pensamiento y la acción. Esta apoteosis de la filosofía moderna, en medio de los grandes sucesos que agitaban el espíritu público, demostraba suficientemente que la revolución se comprendía á sí misma, y que era la inauguración de los dos grandes principios representados por aquel ataúd: ¡inteligencia y libertad! La inteligencia era la que entraba triunfante sobre las ruinas de las preocupaciones de la cuna en la ciudad de Luis XIV. La libertad tomaba posesión de la ciudad y del templo de Santa Genoveva. Los féretros de los dos cultos y de las dos épocas iban á estar en pugna hasta dentro de sus sepulcros. La filosofía, tímida hasta entonces, revelaba ya su último pensamiento: hacer cambiar al siglo los objetos de su veneración.

V

Voltaire, este genio escéptico de la nueva Francia, resumía admirablemente en sí en este momento las dobles pasiones del pueblo: la de destruir y la de innovar, la del odio á las preocupaciones y la del amor á las luces. Voltaire era la verdadera bandera de destrucción. Su talento, no el mayor, pero sí el más vasto de Francia, no ha sido juzgado hasta ahora sino por sus sectarios ó por sus detractores. La impiedad deificaba hasta sus mismos vicios, la superstición se cegaba hasta el extremo de anatematizar sus virtudes. Finalmente, cuando el despotismo volvió á entronizarse en Francia, conoció la precisión que tenía de desarraigar á Voltaire del espíritu nacional, para instalar de nuevo la tiranía. Napoleón pagó por espacio de muchos años una porción de periódicos y de escritores cuyo único objeto era desacreditar y negar el genio de Voltaire. Aborrecía su nombre, como la fuerza aborrece á la inteligencia, y no se contemplaba en completa seguridad en tanto que existiese el menor recuerdo de Voltaire. La tiranía cuenta como uno de sus primeros apoyos con las preocupaciones. La Iglesia, al restaurarse, tampoco podía consentir en que su nombre fuese glorioso para el pueblo, y si bien es cierto que tenía derecho para aborrecer á Voltaire, no le asistía ninguno para negar su talento.

Voltaire ha sido sin disputa el más poderoso entre todos los escritores de la Europa moderna, porque ninguno ha producido tanta agitación en los ánimos, sin más fuerzas que las de su voluntad y las de su talento. Su pluma obró una revolución completa en el mundo antiguo, é hizo temblar, no sólo al imperio de Carlomagno, sino al imperio casi europeo de la teocracia. Su genio no le constituía la fuerza, sino la luz, y Dios, que no le había destinado para abarcar los objetos, le había dotado de una claridad de entendimiento que parecía comunicarse á todos sus escritos. La razón, que no es sino una luz, debía empezar por hacer de él su númen, luego su apóstol, y finalmente su ídolo.

Voltaire era hijo del estado llano; nació en una calle oscura del antiguo París,

y en tanto que Luis XIV y Bossuet reinaban en Versalles, rodeados de las pompas del poder absoluto y del catolicismo, el Moisés de la impiedad iba erigiéndose y desarrollándose muy cerca de ellos, sin que nadie sospechase lo que había de llegar á ser con el tiempo. De este modo juega con los hombres el destino, sin que nadie sospeche el prestigio que puede alcanzar el individuo que más insignificante parece en la sociedad. Estaban en su mayor apogeo el trono y el altar en aquella época en que, rigiendo los destinos de Francia el duque de Orleans, un vicio reemplazaba á otro vicio, y la debilidad sustituía al orgullo. Los vicios de la corte eran dulces y fáciles, porque la corrupción iba desarrollándose, y el desenfreno había ocupado el puesto de la austeridad monacal de los últimos años, dirigido por Le-



El rey sale de la Asamblea nacional.—Pág. 139.

tellier y madama de Maintenon. Voltaire, precoz en audacia y en talento, juguetaba ya con las armas del pensamiento, que tan temible le habían de hacer en lo sucesivo, y el regente, que ni siquiera podía sospechar en ello el menor peligro, le dejaba escribir, contentándose con reprenderle severamente, por fórmula, su excesiva osadía, que no dejaba de causarle cierta complacencia, aún en el mismo momento en que la castigaba. La incredulidad de la época provenía más bien del desarreglo de las costumbres que de un examen reflexivo sobre la independencia del pensamiento; mejor podía llamarse libertinaje que consecuencia de las convicciones interiores. La irreligión de aquella época era viciosa, carácter que conservó siempre la de Voltaire. Valiéndose de la burla y despreciando las cosas más sagradas, cosas que, aún cuando se trate de destruirlas, deben mirarse con respeto, fué como empezó Voltaire á darse á conocer. Así tuvieron origen la ligereza, la ironía y aún el cinismo de que hizo gala en sus escritos y de palabra aquel apóstol de la razón. El viaje que hizo á Inglaterra le confirmó más en sus instintos de incredulidad, porque así como en Francia no había conocido más que libertinos de

talentó, en Londres creyó haber dado con los verdaderos filósofos. Apasionóse entonces por la razón, como se apasiona el hombre por todo lo nuevo, y creyó desde luego en su entusiasmo que había hecho un nuevo descubrimiento. En un carácter tan activo como el francés, aquel entusiasmo y aquel odio no fueron una mera especulación, cual hubiese sucedido con un hijo del Norte. Apenas creyó que estaba convencido, cuando trató de persuadir á los demás, siendo toda su vida una acción continuada dirigida hácia dos solos objetos: la abolición de la teocracia, y la tolerancia y libertad de cultos. A salir con este empeño consagró todo el talento con que Dios le había dotado, valiéndose de la mentira y de la astucia, con todo el cinismo y con toda la inmoralidad que le sugería aquel mismo talento tan mal empleado. Para él eran buenas todas las armas, hasta aquellas que el respeto á Dios y á los hombres prohíbe á los sabios; porque su virtud, su honor y hasta su gloria las había comprometido con tal de adquirir la victoria que apetecía. Así es que el apostolado de la razón fué muy semejante en sus formas á la profanación de la piedad, y en vez de iluminar el templo lo asoló.

En cuanto se resolvió á declarar la guerra al cristianismo, buscó auxiliares para dar cima á su empresa; razón por la cual se unió al rey de Prusia Federico II, conociendo que necesitaba el apoyo de los tronos para hacerse temible al sacerdocio. Federico, imbuido en las mismas máximas de filosofía, atea puro y que tenía en poco á todos los hombres, fué el Dionisio de este nuevo Platon. Luis XV, en cuyos intereses entraba conservar sus relaciones de amistad con Prusia, no se atrevió á meterse con un hombre á quien Federico llamaba amigo, por lo cual Voltaire se hizo más audaz escudado con aquel cetro, y aparentando interesarse por los tronos, les hizo entrever que lo que se proponía era emanciparlos de la dominación de Roma. Consintió gustoso en que la libertad civil de los pueblos estuviese al arbitrio y bajo la dependencia de los reyes, con tal que éstos le ayudasen en su conquista de la emancipación de las conciencias, y no sólo afectó defender el poder absoluto de los monarcas, sino que llevó su bajeza hasta el extremo de adorar sus debilidades y flaquezas; no sólo halló disculpas á los vicios de Federico el Grande, sino que hizo que la filosofía se prosternase ante las mancebas de Luis XV. Parecido á aquella cortesana de Tébas que levantó una de las pirámides de Egipto con los tesoros que había acumulado con su desarreglada conducta, Voltaire adoptó toda especie de prostituciones, exigiendo sólo como precio de sus complacencias que los que participaban de ellas fuesen otros tantos enemigos del Crucificado. Comprólos en efecto á millares en toda Europa, y muy particularmente en Francia. Acordábanse todavía los reyes de la dependencia en que vivían en la Edad Media, época en que los pápas disponían de los tronos á su antojo, y en la que los monarcas no podían ménos de ver con envidia y con un odio reconcentrado que el clero tenía tanto poder sobre los pueblos como ellos, y que validos de sus títulos de cardenales, de limosneros, de obispos ó de confesores, los sacerdotes eran los que realmente reinaban en las cortes. Los Parlamentos, esa especie de clero civil, tan temible aún para los mismos soberanos, detestaban en su interior al clero, aunque exteriormente apoyaban y protegían la fe con sus decretos. La nobleza, guerrera, corrompida é ignorante, era partidaria de aquella incredulidad que iba á proporcionarle el sacudir impunemente el yugo de la moral. Finalmente, la clase ilustrada de la nación presentía que la insurrección del pensamiento debía produ-

cir necesariamente la emancipación del estado llano. Tales eran los elementos que debían influir en la revolución de las ideas religiosas, y Voltaire se apoderó de ellos con toda la oportunidad que inspira la pasión, y que á veces es de mucha más utilidad que el genio, por muy superior que éste sea. Guardóse muy bien de presentar la razón bajo las austeras formas de la filosofía á un siglo nuevo, ligero é irreflexivo, y se sirvió de la burla y de la ironía, formas mucho más adecuadas á su intento que las otras. Si se hubiese propuesto hacer reflexionar á sus compatriotas, nada hubiera conseguido; haciéndolos reír, obtuvo un triunfo completo. Sus ataques á la religión nunca fueron á cara descubierta, porque á hacerlo así, le hubiera sido muy difícil sustraerse al rigor de las leyes, y quizá no hubiera podido evitar la hoguera de Servet. Este nuevo Esopo combatió la tiranía bajo nombres supuestos, y ocultó el odio de su corazón en el drama, en la novela, en la historia, y hasta en cuentos jocosos y obscenos. Sus escritos fueron una alusión continuada contra todo lo existente, y prevalido de la gran ventaja de que sus enemigos no le comprendían, ocultaba la mano en cuanto les había hecho una herida mortal. El combate de un hombre contra todo un sacerdocio, el de un individuo contra una institución, y el de una vida contra diez y ocho siglos, necesitaba gran audacia en el que lo sostenía. Voltaire la tuvo.

Aquel atrevimiento con que un hombre solo luchaba contra todos, revelaba en él una fuerza incalculable de convicción y un empeño decidido por el triunfo de la nueva idea; porque es innegable que hay heroísmo en desafiar los respetos humanos, esa cobardía del entendimiento disfrazada bajo la forma de respeto al error. Voltaire desafió impávido los anatemas de la Iglesia y el odio de los reyes, y comprometió la dignidad de su nombre, no sólo durante su vida, sino hasta después de su muerte. Resignóse á sufrir largos destierros por no perder la libertad de combatir, y se apartó voluntariamente del trato de los hombres para que no le incomodasen en el desarrollo de sus pensamientos. Enfermo, con ochenta años de edad y sintiéndose próximo á morir, hizo varias veces sus preparativos precipitadamente para irse á combatir y espirar lejos de su patria. La vena creadora de su espíritu no se resfrió un solo instante; elevó la sátira hasta donde nadie la había elevado, y en medio de una chanza que duró tanto tiempo como su vida, se descubre una gran fuerza de perseverancia y de convicción. Tal fué el carácter de este célebre filósofo, en quien la verbosidad luminosa del pensamiento ocultó lo profundo de la idea. Su constancia no ha sido suficientemente conocida, porque siempre la ha ocultado con la máscara de una risa burlona. Padecía riendo, y sin embargo, quería padecer ausente de su patria, separado de sus amigos, sin gloria, maucillado su nombre y maldecida su memoria. Todo lo aceptó sin más miras que el triunfo de la independencia de la razón. No vale ménos el sacrificio por cambiar de causa, y ésta fué su virtud á los ojos de la posteridad. Voltaire no fué la verdad, sólo fué el precursor de ella. Faltóle una cosa muy necesaria: el amor de Dios. Su entendimiento le veía, pero aborrecía las formas que le habían prestado las antiguas edades, que era lo que ellas adoraban. Rasgaba colérico las nubes que impedían que la idea divina brillase pura entre los hombres, y su culto más bien era un odio contra el error, que un sentimiento de fe en la Divinidad. Voltaire no alimentaba en su alma aquel sentimiento religioso, aquel resúmen sublime del pensamiento humano, aquella razón que se enciende con el entusiasmo para remon-

tarse hasta la Divinidad como una llama, uniéndose á ella en la unidad de la creación con el Creador. De aquí los resultados de su filosofía. Esta no creó ni moral, ni culto, ni caridad, y nada hizo sino descomponer y destruir. Consistiendo en una negación fría, corrosiva y sarcástica, obraba como el veneno, helaba, mataba, pero no vivificaba jamás. Así es que no producía todo el efecto que debía producir ni aun contra aquellos errores que no eran sino la mala inteligencia de un pensamiento divino. Esta es la causa de que, en vez de producir creyentes, sólo lograrse hacer escépticos, de suerte que la reacción cristiana fué pronta y general. Imposible era que dejase de suceder así; la impiedad barre el alma de los errores religiosos y sagrados, pero jamás llena el corazón del hombre; nunca ésta será suficiente para destruir un culto, porque á una fe es preciso reemplazar otra fe. No es dado á la irreligión el destruir una creencia sobre la tierra, pues únicamente una religión que sea más luminosa puede obtener un verdadero triunfo sobre la religión alterada, reemplazándola. La tierra no puede quedar sin altares, y sólo Dios es bastante fuerte contra Dios.

VI

El 5 de Agosto de 1791, primer aniversario de la famosa noche del año anterior, en que se derrocó el régimen feudal, empezó la Asamblea nacional á revisar la Constitución. Solemne é imponente era aquel acto de unos legisladores que iban á terminar su carrera pública sobre las ruinas que habían sembrado en su camino, y sobre las nuevas fundaciones que habían creado. ¡Qué distinta era la disposición de sus ánimos en aquel momento de lo que fuera cuando dieron principio á su obra! Entónces la emprendieron con entusiasmo, y ahora iban á revisarla convencidos de la realidad y cubiertos de tristeza. Cuando se abrió la Asamblea nacional, se abrió entre las aclamaciones de un pueblo lleno de esperanzas, y al cerrarse oía bramar en torno suyo el tempestuoso huracán de las pasiones de todos los partidos. El rey estaba preso, los príncipes habían emigrado, el clero se hallaba en cisma, la nobleza escondida ó ausente, y el pueblo en completa revolución. La popularidad de Necker había caducado cuando se hallaba en el apogeo de su popularidad. Mirabeau había muerto, Maury había enmudecido, y Cazales, Lally y Mounier abandonaban su obra. Dos años habían sido suficientes para destruir más hombres y más cosas que destruye una generación en tiempos normales. Las voces de 89, inspiradas por la filosofía y por las esperanzas, ya no resonaban bajo aquellas bóvedas; los grandes hombres habían desaparecido, y los talentos de segundo orden se preparaban á combatir, aunque tímidos y desalentados, porque carecían de aquel genio que impulsa al pueblo á obrar, y tampoco tenían en sí mismos suficiente fuerza para resistirle. La sensibilidad había hecho que Barnave recobrase todas sus virtudes, pero su arrepentimiento era ya tardío, y sólo sirvió para hacerle conocer la enormidad de las faltas que había cometido. En las revoluciones no es de ninguna utilidad el arrepentimiento; lo que se necesita son expiaciones, y Barnave iba á empezar la suya, por no haberse querido unir con tiempo á Mirabeau para salvar la monarquía. Robespierre era á Barnave lo que éste había sido al gran tribuno; pero Robespierre, más poderoso que Barnave, no obraba movido de envidia, sino dirigido por una idea constante, resultado de una teoría implacable y se-



VOLTAIRE.